



EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ



El día diecisiete de julio, se celebra la fiesta del “Triunfo de la Santa Cruz”, como consecuencia de la victoria cristiana sobre los musulmanes, en la batalla de las Navas de Tolosa, el 16 de julio de 1212. El Papa Gregorio XIII, por bula de 30 de diciembre de 1573, mandó que la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz se celebrara en todos los Reinos de España y en el Nuevo Mundo.

El 17 de julio es el aniversario de la fundación de la Abadía de Santa Cruz del Valle de los Caídos (1958), llevada a cabo por una comunidad de monjes benedictinos procedentes de la Abadía de Santo Domingo de Silos (Burgos). Se realizó en este día con motivo de la Fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, que entonces se celebraba en España y, lamentablemente, fue suprimida en los primeros pasos de la reforma litúrgica promovida por Juan XXIII.

La fecha del 16 de julio de 1212 es de gran trascendencia para la historia de España, puesto que en este día los reyes Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra infligieron a las huestes musulmanas tan espantosa derrota, produjeron en sus ejércitos tal descalabro, que desde entonces dejaron de constituir una fuerza capaz de malograr los esfuerzos reconquistadores de los reyes cristianos de la península. El día 16 de julio está ocupada la Iglesia universal en la celebración de la festividad de la Virgen del Carmen, que también se celebra con gran esplendor en España; por eso la conmemoración litúrgica del triunfo de las armas cristianas sobre las de la Media Luna se trasladó al día 17.

La tarea reconquistadora de los reyes españoles se vio muchas veces entorpecida y alguna malograda por violentas reacciones del poder musulmán. Al deshacerse éste y convertirse la España ocupada por los musulmanes en los minúsculos reinos de Taifas, la obra de la reconquista fue prosperando, pero cuando el peligro hizo reunir las fuerzas de estos reinos y buscar la alianza de los poderosos de África la cosa se puso más difícil para los reyes cristianos. Fueron primero los almorávides quienes pusieron en aprieto al rey Alfonso VI de Castilla y León, el conquistador de Toledo, al que derrotaron en Zalaca y Uclés, perdiendo en esta última batalla a su propio hijo, el infante don Sancho. No obstante estos descalabros, los príncipes cristianos se rehicieron y consiguieron ganar terreno a los moros conquistando nuevas plazas: Alfonso, el Batallador, rey de Aragón, conquistó Zaragoza; Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, arrebató a los moros Lérida y Tortosa, y Alfonso VIII de Castilla tomó la importante plaza de Cuenca, con lo que se desbarató el poder de los almorávides, por lo que los reyezuelos moros pidieron entonces auxilio a los almohades.

Con gran ímpetu, irrumpen los almohades en la península en ayuda de sus hermanos en religión, y logran infligir una gran derrota al rey de Castilla, Alfonso VIII, en Alarcos. No se arredró el rey cristiano ante el revés, sino que desde entonces no tuvo otra preocupación que la de acabar con el poderío de los almohades. Para ello procuró atraer a su causa la benevolencia y ayuda de

los demás reyes peninsulares, sirviéndose para ello de la valiosa cooperación del arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez de Rada, quien consiguió además que el Papa Inocencio III concediera a los soldados que se alistaran en las filas de los reyes cristianos de la Cruzada, y que varios prelados y caballeros franceses ofrecieran también su ayuda. Concentradas todas las fuerzas en Toledo, el día 20 de junio de 1212 dio comienzo a la campaña apoderándose los cristianos de las plazas de Malagón, Alarcos, Piedrabuena y Calatrava, importante fortaleza de los moros, pasando luego a la conquista de Caracuel, realizada la cual los soldados extranjeros abandonaron la empresa para regresar a su patria, quedando, por lo tanto, un ejército integrado sólo por soldados españoles, mandado por el rey Alfonso VIII de Castilla, el de Aragón, Pedro II, el de Navarra, Sancho VII y don Diego López de Haro, señor de Vizcaya.

Vencida la primera dificultad, la de escalar el puerto de muradal, llegaron las tropas españolas a las Navas de Tolosa, donde se avistaron con el poderoso ejército enemigo que el rey almohade había concentrado en Jaén. Iniciado el ataque por los almohades, que al primer ímpetu hicieron retroceder a las huestes cristianas, éstas reaccionaron inmediatamente e infligieron a sus enemigos la más tremenda de las derrotas. Los cronistas musulmanes llaman a la batalla de las Navas de Tolosa la “Batalla de la desventura”. El emperador almohade Yá cub ben Yúsuf, que había aceptado el reto que le lanzó Alfonso VIII, vio eclipsado su poder en ésta, para él, tan desastrosa batalla. Hasta aquí los hechos contados a través de los datos meramente humanos. Dos ejércitos que se enfrentan en sangrienta batalla, uno que consigue la victoria y otro que es derrotado definitivamente. Podrán los investigadores buscar las causas de los hechos en el poder de los hombres, mas no las podrán encontrar, pues en esta batalla hay únicamente un vencedor: Jesucristo, el que venció, en la cruz, el pecado, la muerte y el infierno. Jesucristo es el vencedor por antonomasia, el dador de toda victoria, el que el 16 de julio de 1212 mostró a los reyes cristianos el arma que les daría el triunfo: la Santa Cruz redentora y vencedora, que vieron refulgir en el firmamento durante el curso del combate. La Cruz de cuyos frutos participaron todos los combatientes el día anterior al confesar sus pecados y recibir la absolución de los mismos. La Cruz en la que se sacrificó Cristo, nuestro Señor, de cuyo sacrificio es reproducción el sacrificio eucarístico del que participaron los soldados cristianos la mañana misma en que emprendieron la pelea. La Cruz que precedía la cabalgadura del arzobispo don Rodrigo y que penetró por dos veces victoriosa entre las huestes musulmanas. La Cruz cuya señal trazó el propio arzobispo sobre las tropas cristianas. La Cruz es, pues, la que explica tan aplastante victoria, porque luchó al lado de los capitanes y soldados cristianos infundiéndoles el valor necesario para salir airosos de la prueba.

La cruz ha de ser para todos nosotros nuestro refugio, nuestra fuerza, nuestra esperanza, nuestra compañía y nuestra arma, para que con ella podamos vencer a enemigos más terribles y más poderosos aún que las hordas almohades: el mundo con sus engaños, el demonio con sus ardides, y los frutos de ambos: los pecados.

¡Salve, oh Cruz única esperanza!